

# Testimonios literarios sobre la Catedral de Jaén

AURELIO VALLADARES REGUERO

## RESUMEN

Se ofrece en el presente trabajo un recorrido cronológico por los textos literarios generados a lo largo del tiempo en torno a la catedral de Jaén. Aunque predominan, lógicamente, los de autores giennenses, no faltan los de otros escritores venidos de fuera y que dejaron constancia de sus impresiones sobre el valor artístico del templo y/o sobre su más preciada reliquia: el Santo Rostro. Estos testimonios literarios constituyen un elemento más que puede añadirse a las razones esgrimidas para que este monumento sea declarado Patrimonio de la Humanidad.

## INTRODUCCIÓN

La catedral de Jaén, monumento emblemático de la ciudad, ha tenido un peso específico en la obra literaria no sólo de autores giennenses –circunstancia, por otra parte, lógica–, sino también de escritores foráneos que, en visitas a la capital del Santo Reino, quedaron impresionados, tanto por su arquitectura como por algunos de los tesoros custodiados en ella, especialmente su más preciada reliquia: el Santo Rostro.

En el presente trabajo pretendemos realizar un recorrido cronológico por los textos literarios que juzgamos más significativos, desde la época clásica a los momentos actuales, destacando el tratamiento artístico con que cada uno de los autores ha querido comunicar sus impresiones.

Por otra parte, se atenderá también a los acontecimientos literarios que escogieron por escenario este egregio monumento, entre los que sobresalen los festejos de 1660, dentro de los cuales merecen ser destacadas la celebración de una concurrida «justa poética» y la representación de una loa y dos autos sacramentales. Igualmente, tendrán cabida en el presente recuento algunos certámenes poéticos que fijaron entre los temas de concurso el canto a la catedral y/o al venerado lienzo de la Verónica.

Y si notable es la presencia de autores no giennenses, consideramos especialmente significativa la nutrida representación en este repertorio literario de escritores comprovincianos, hecho que revela que para ellos la catedral no es sólo el monumento insignia de la ciudad de Jaén, sino también de toda la provincia.

Aunque en un principio era nuestra intención circunscribirnos sólo a la literatura española, nos ha parecido oportuno agregar un apartado específico dedicado a «libros de viajes extranjeros», lo que nos permitirá apreciar la visión ofrecida en sus relatos por cuantos ilustres visitantes se acercaron a nuestra capital y dejaron plasmada su particular opinión sobre la catedral giennense, todo ello como fiel exponente de su proyección más allá de nuestras fronteras. Y tampoco hemos querido olvidarnos de la literatura popular, aunque sólo sea con unas brevísimas pinceladas, que nos sirven para completar la presente colaboración.

Muy alejada de este panorama queda la apreciación subjetiva de un controvertido reportaje periodístico, firmado por Vicente Verdú y Rafael Ruiz en el suplemento dominical del diario *El País*, publicado hace unos años<sup>1</sup>, donde, a raíz de un estudio del Banco Bilbao-Vizcaya que dejaba a Jaén como la capital española «donde peor se vive», no se les ocurrió mejor idea, a la hora de buscar causas de tan poco honrosa situación, que afirmar lo siguiente: «Incluso la catedral se encuentra en un solar inapropiado». Así, sin más justificaciones; desmintiendo a tantos escritores que, durante siglos –como a continuación se comprobará–, han loado a nuestro templo, sin reparar en esa supuesta ubicación.

En fin, sirva esta recopilación de testimonios literarios como una modestísima aportación al conjunto de razones esgrimidas en pro de la declaración de la Catedral de Jaén como Patrimonio de la Humanidad.

## EDAD MEDIA Y SIGLOS DE ORO

Antes de erigirse el templo que hoy conocemos, podemos encontrar referencias, en varias obras literarias de primera línea, al Santo Rostro, cuya veneración traspasaba los límites del Reino de Jaén. La *Crónica del Condestable Miguel Lucas de Iranzo*, modelo de la historiografía particular del siglo XV e hito inexcusable para el estudio del Jaén de la época, contiene varias

alusiones a la reliquia de la Verónica: unas veces como procedimiento comparativo para resaltar la nutrida asistencia de público a ceremonias religiosas (la boda del Condestable o la fiesta de la Candelaria) o para equiparar el acompañamiento musical de la función litúrgica (fiesta de los Reyes)<sup>2</sup>; otras, para mostrar el arraigo de esta devoción entre las gentes, hasta el punto de que el Condestable, por ejemplo, con ocasión de la festividad de Nuestra Señora de agosto, a pesar de que él guardaba luto por su hermano don Alonso de Iranzo, aconseja a regidores, jurados, caballeros, escuderos y otras gentes que asistan a misa a la iglesia mayor, «porque en tal día se mostraua la santa Verónica» y «que por él no dexasen de ganar tan grandes perdones», después de lo cual regresan, para hacerle compañía, «fasta la posada del dicho señor Condestable»<sup>3</sup>.

Ya con anterioridad era conocida «La oración de la Santa Faz», composición en latín atribuida al Papa Inocencio III (1198-1216), de la que siglos más tarde haría una bella traducción, en coplas de ocho versos heptasílabos, el poeta comprovinciano Federico de Palma y Camacho<sup>4</sup>.

Resulta especialmente revelador el testimonio del humanista italiano Lucio Marineo Sículo (1460-1533), afincado durante algún tiempo en nuestro país, al que dedicó, entre otros estudios, su famoso tratado *De rebus Hispaniae memorabilibus libri XXV*, donde constata que la ciudad de Jaén se enorgullece de poseer el sudario de Cristo, lo que hace que sea visitada por muchas gentes, tanto de aquí como extranjeras (Lib. V, cap. «De sacris aedibus»)<sup>5</sup>. Y en la misma línea se pronuncia otro erudito del siglo XVI, Pedro de Medina, quien, en su *Libro de grandezas y*

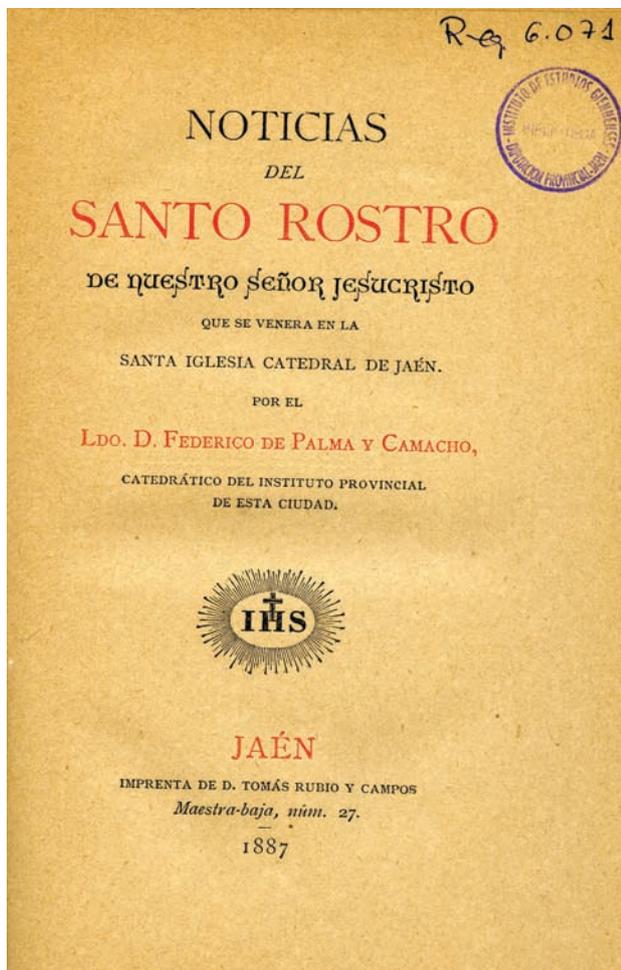
<sup>1</sup> «Las ciudades donde peor se vive», *El País-Dominical*, 28-4-1991, pp. 34-38.

<sup>2</sup> Edic. de Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa Calpe, 1940, pp. 41, 57 y 160 (respectivamente).

<sup>3</sup> *Ibíd.*, pp. 237-238.

<sup>4</sup> *Noticias del Santo Rostro...*, Jaén, Imprenta de D. Tomás Rubio y Campos, 1887, pp. 67-70.

<sup>5</sup> Cfr. Juan Montijano Chica: «El Santo Reino de Jaén», *Paisaje*, n.º 129-130, 1964, pp. 2787-2797 (p. 2793).



*cosas memorables de España* (1548), al tratar en el capítulo LIII de la ciudad de Jaén, destaca el «sagrado Sudario» custodiado en su iglesia mayor, del que afirma: «En esta iglesia se tiene esta santa imagen, la cual se enseña ciertos días del año, y a la ver concurren muchas gentes de diversas partes, especialmente en el mes de Agosto, el día de la Asunción de Nuestra Señora; en el cual día viene tanta gente y se halla en esta ciudad a ver la Santa Verónica, que no caben en la ciudad y los campos están llenos»<sup>6</sup>.

Singular importancia debemos conceder al testimonio aportado por Agustín de Rojas Villandrando en *El viaje entretenido* (1603), máxime si tenemos en cuenta que esta obra, escrita en forma dialogada, está orientada a narrar las peripecias por distintos lugares de España de cuatro hombres dedicados al mundo del teatro. Así se expresan cuando se acercan a Jaén:

SOLANO.- ¿Habéis visto la sagrada Verónica, donde está la figura de nuestro Señor Jesucristo, esculpida vivamente en un lienzo, la cual señaló él mismo con su rostro santísimo cuando iba a ser crucificado?

RÍOS.- Ya la he visto tres o cuatro veces, y no podré juzgar de la color que sea.

SOLANO.- Eso mismo sucede a todos los que la ven.

RAMÍREZ.- ¿Habéis sabido quién trajo a este lugar una reliquia tan preciosa?

RÍOS.- He oído decir que un obispo natural de ella, el cual está enterrado en la capilla principal de la iglesia mayor.

ROJAS.- Cuando otra cosa no tuviera, con razón se podría llamar la mejor y más dichosa ciudad de España.<sup>7</sup>

Hasta el mismo Cervantes, del que sabemos que recorrió estas tierras giennenses desempeñando tareas recaudatorias en los años finales del siglo XVI (por lo que bien pudo tener conocimiento directo de esta devoción), no perdió la ocasión de mencionarla en su obra póstuma *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617). Estando los protagonistas cerca de Talavera, se topan con una peregrina que tiene previsto, en su periplo, visitar «La Santa Verónica de Jaén» (III, 6)<sup>8</sup>.

Un año más tarde el jesuita Sebastián de Escabias, en su obra *Casos notables de la ciudad de Córdoba* (1618), al referirse a una imagen cordobesa famosa por muchos milagros, introduce una digresión –probablemente en su condición de giennense (había nacido en Arjona y moriría en Cazorla)– sobre las gestiones realizadas por el doctor Ortiz de Leiva en torno a la Santa Verónica, «para que esta santa reliquia fuera estimada en todo el orbe, y que la santidad de Sixto, que gobernaba la Iglesia, concediera grandes gracias a los que vinieran en romería»<sup>9</sup>.

<sup>6</sup> *Obras de Pedro de Medina*, edic. de Ángel González Falencia, Madrid, CSIC, 1944, p. 86.

<sup>7</sup> Edic. de Jacques Joset, Madrid, Espasa-Calpe, Colec. Clásicos Castellanos, 1977, T. I, p. 204.

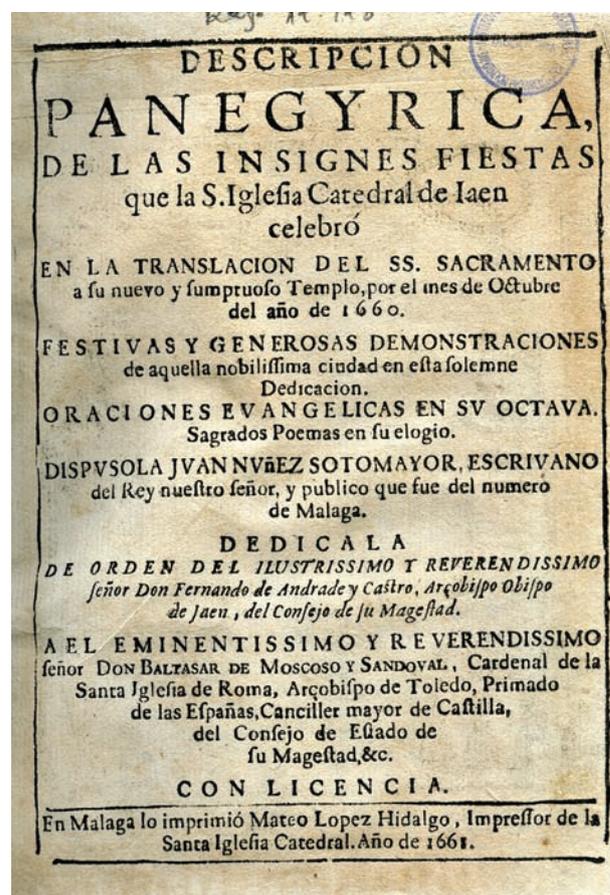
<sup>8</sup> *Obras completas*, T. I, Madrid, Aguilar, 1980, p. 998.

<sup>9</sup> Edic. de la Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid, Aldus S. A., 1949, pp. 156-157.

En el capítulo XIII de la novela picaresca *Aventuras del bachiller Trapaza* (1637), de Alonso de Castillo Solórzano, relativo a las peripecias ocurridas al protagonista en la ciudad de Jaén, donde después de ser robado se vio obligado a servir a una señora vieja y enferma, afirma de ésta: «Tenía siete vidas como gato la caduca señora, y cuando se pensó que no se levantara en quince días de la cama, al tercero ya estaba en pie. Esto era porque se hacía la gran fiesta de la Sacratísima Verónica, tan célebre en Jaén; dichosa ciudad, pues es depósito de tan preciosa reliquia»<sup>10</sup>.

Llegado el momento, tras una larga espera, de la consagración oficial del nuevo templo catedralicio, se organizaron unas solemnes fiestas, tal y como la ocasión requería, de cuya magnificencia ha quedado constancia –siguiendo una práctica habitual– en la correspondiente crónica, redactada en esta ocasión por el autor malagueño Juan Núñez Sotomayor: *Descripción panegírica de las insignes fiestas que la S. Iglesia Catedral de Jaén celebró en la translación del SS. Sacramento a su nuevo y suntuoso Templo por el mes de octubre del año de 1660* (Málaga, Mateo López Hidalgo, 1661).

Dentro del apretado programa festivo, en cuyos pormenores no vamos a entrar ahora, debemos destacar, desde el punto de vista literario, dos acontecimientos de primer orden: la celebración de una «justa poética» y la puesta en escena de dos autos «sacramentales» y una «loa». En cuanto al certamen, podemos afirmar que fue el más importante de todos los celebrados en nuestra provincia durante esta centuria, no sólo por el número de premios anunciados en el «cartel», sino también por la relevancia de los poetas participantes, llegados de diferentes lugares. Fueron diez los «asuntos» ofertados a concurso, cada uno con sabrosos premios en sus respectivas modalidades estróficas: 1º) Canción de seis estancias de trece versos cada una, para comparar la Catedral de Jaén con el templo de Salomón; 2º) Soneto sobre la idea de que la Catedral de Jaén sube al cielo y el cielo baja a ella; 3º) Ocho octavas en que debía celebrarse al obispo Moscoso y Sandoval, que



había iniciado la obra de la nueva Catedral, y al obispo Andrade y Castro, quien la había finalizado; 4º) Ocho liras para resaltar los desvelos del Cabildo catedralicio en esta empresa; 5º) Romance de veinticuatro coplas como cántico a las grandezas de la ciudad, con inclusión del templo ahora consagrado; 6º) Glosa en quintillas de una redondilla relativa a la translación del Santísimo a la Catedral; 7º) Ocho décimas en que debería probarse que si todo los templos están hechos para orar, con mucho más motivo éste, al guardar el Santo Rostro; 8º) Romance burlesco en veintisiete coplas como vejamen a los judíos que profanaban los templos y alabanza a los cristianos que los veneran; 9º) Dieciocho quintillas sobre el pasaje evangélico en que Cristo hace templo suyo la casa de Zaqueo, y 10º) Veinte redondillas consolando a la iglesia

<sup>10</sup> *La novela picaresca española*, edic. de A. Valbuena Prat, T. II, Madrid, Aguilar, 1986, p. 515.

antigua de su pena, al ser trasladado el Santísimo a la nueva Catedral.

Cada certamen tenía asignados, en principio, tres premios, cuya concesión quedó encomendada a un selecto Jurado, formado por seis miembros representantes del estamento eclesiástico y otros cuatro del ámbito civil. Para la celebración, que tuvo lugar la tarde del 21 de octubre de 1660, se había preparado el crucero de la propia Catedral, lo que permitía la visión de las autoridades religiosas y civiles, acomodadas en el coro.

El acto contó con los ingredientes típicos de este tipo de concursos poéticos, tan frecuentes en la España del XVII, destacando en esta ocasión la notable concurrencia de afamados poetas, entre los que cabe citar al giennense Juan Fernández de Perea (participante en otras justas de la época), el conocido poeta malagueño Juan de Ovando y Santarén, el también malagueño Juan Núñez Sotomayor (autor de la crónica de estos festejos), el famoso poeta gallego afincado en Granada Francisco de Trillo y Figueroa, el vallisoletano Antonio de Solórzano y Castillo (hermano del ya citado novelista Alonso de Castillo Solórzano), el célebre dramaturgo granadino Álvaro Cubillo de Aragón, el ubetense Andrés Cuevas de las Vacas (organizador este mismo año de otro certamen poético en su ciudad natal) o el escritor franciscano giennense Fr. Juan Alegre (autor de la loa sacramental representada en estas fiestas).

Los festejos literarios continuaron al día siguiente con la puesta en escena, por la afamada compañía de José Antonio de Prado y Mariana Vaca, del auto sacramental de Calderón de la Barca *El Sacro Parnaso*, en un escenario construido al efecto en la plaza de Santa María, como remate de una solemne procesión. Y días después se representarían otra pieza sacramental calderoniana, *El Maestrazgo del Toisón*, y la mencionada loa de Fr. Juan Alegre; de todo lo cual da cumplida noticia la referida crónica impresa en Málaga. Este hecho es de una extraordinaria relevancia, puesto que las dos primeras piezas teatrales habían sido compuestas sólo un año antes (1659) por quien entonces era conside-

rado como la máxima figura del momento, especialmente en el campo del auto sacramental. Por otra parte, conviene destacar que el primero de los autos presenta, como desarrollo argumental, la celebración de una justa poética con la participación de varios Padres de la Iglesia, sirviendo así de perfecto colofón al certamen literario del día anterior.

## SIGLO XVIII

Dentro del espíritu ilustrado que caracteriza a esta centuria, nos encontramos con egregios representantes de la literatura viajera, cuyas obras, si bien se salen un tanto del campo estrictamente creativo, constituyen argumentos inexcusables para comprender la mentalidad de la época y, en el caso que nos ocupa, resultan muy aprovechables sus aportaciones; bien es verdad que deben ser consideradas dentro del contexto de las motivaciones a las que responden cada uno de los viajes.

En principio, llama un poco la atención que el célebre investigador de la historia eclesiástica de España, el religioso agustino P. Enrique Flórez, en los viajes realizados por nuestra provincia en 1768 y 1770, de cuyas principales poblaciones recoge varios datos, despache a la ciudad de Jaén con una breves líneas y esta escueta (aunque muy positiva) referencia a su primer templo: «La Cathedral es muy buena por dentro y por fuera»<sup>11</sup>.

No es éste el caso de otro no menos famoso clérigo ilustrado, Francisco Pérez Bayer, cuyo relato está orientado fundamentalmente al objetivo de su periplo por estas tierras, dentro de sus aficiones a la Arqueología y la Numismática. Sin embargo, no desdeña otros aspectos en su relación, como el siguiente, relativo al tema que ahora nos interesa: «A la hora regular me fuy á la cathedral donde estuve en Misa, y ohi algo de las horas canónicas y me pareció el canto y coro muy bien. La Yglesia es por dentro y por fuera sumtuosa. Algo si me pareció cargada

<sup>11</sup> Fr. Francisco Méndez: *Noticias de la vida y escritos del... Henrique Flórez*, Madrid, Pedro Marín, 1780, p. 257.

de adornos y florones; pero esto parece general en las Yglesias de Andalucía»<sup>12</sup>.

Dentro del mismo género literario ocupa un puesto de honor el *Viage de España*, de Antonio Ponz, formado por 18 densos volúmenes. Al templo catedralicio giennense le dedica una atención preferente, con una veintena de páginas (a las que hay que agregar dos hojas intercaladas, con sendos dibujos de la planta de la catedral y de la fachada de la capilla del Sagrario), donde nos ofrece una detallada y minuciosa descripción, tanto del edificio en sí como de los tesoros artísticos en él contenidos. El autor, fiel a los ideales neoclásicos de su tiempo, no disimula sus preferencias por el clasicismo renacentista, así como su aversión a la ornamentación barroca, y esto se nota aquí: «Lo cierto es que la Catedral de Jaén es de lo muy magnífico que puede verse en materia de arquitectura dentro y fuera del Reyno; y aunque en los ornamentos se encuentran algunas cosas menos regulares, sobrepuestas en este siglo, y parte del pasado, el todo es grandiosísimo, y causa un efecto terrible»<sup>13</sup>.

Su crítica negativa se dirige, especialmente, al Coro, aspecto nada novedoso, ya que se trata de una cuestión secularmente controvertida y aplicable a la mayor parte de las catedrales españolas. Dice, entre otras cosas, a este respecto: «Solo hay el consuelo, que por lo tocante á este mamarracho del Coro de Jaén, tengo esperanzas bien fundadas de que se quitará presto del; y se dexará desembarazado el sitio que ocupa, con cuya operación no es fácil concebir lo mucho que subirá de punto la grandeza del edificio á la vista de quantos entren por su puerta»<sup>14</sup>.

Bajo la estela de Ponz, cuyo magisterio reconoce explícitamente, se mueve el jesuita valenciano Antonio Conca y Alcaraz, cuya obra, redactada en italiano durante el periodo vivido en el país trasalpino como consecuencia de la famosa «expulsión» de 1767, viene a ser un compendio del *Viaje* del mencionado crítico levantino, sin aportar apenas novedades a lo allí expuesto. Y esto es aplicable a las cinco páginas que dedica a la Catedral de Jaén<sup>15</sup>.

## SIGLO XIX

Pocos años después, aunque ya dentro de la centuria decimonónica, nos encontramos con otro libro similar a los anteriores: *Viage de España, Francia e Italia*, de Nicolás de la Cruz y Bahamonde, Conde de Maule, por entonces Comisario de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz. En el capítulo III del Tomo XII (Cádiz, Imprenta de Manuel Bosch, 1812), donde relata su paso por tierras giennenses (pp. 146-172), dedica una decena de estas páginas a la capital, de las cuales la parte fundamental corresponde a la Catedral. Se trata en realidad de una mera descripción del monumento, con la inclusión de datos históricos, siguiendo la estela de aquella preocupación de los ilustrados españoles por inventariar nuestro rico patrimonio artístico.

En idéntica línea se inscribe el ilustre crítico catalán Francisco Pi y Margall (quizá más conocido por su faceta como político) con su monumental estudio *Recuerdos y bellezas de España. Reino de Granada* (Madrid, Imp. Repullés, 1850), posteriormente publicado con el título de *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Granada, Jaén, Málaga y Almería*. (Barcelona, Establecimiento Tipográfico-Editorial de Daniel Cortezo y C<sup>a</sup>, 1885), en cuyo capítulo XII «Jaén, Baeza, Úbeda» (edic. de 1850: pp. 155-220; edic. de 1885: pp. 201-280) dedicará algunos párrafos a nuestra catedral, con un juicio más ponderado que sus antecesores.

Especial interés desde el punto de vista literario reviste la interpretación que tuvo lugar en la catedral, en honor de Fernando VII, de la pieza lírica *Compendio sucinto de la revolución española* (S.l., Imprenta de la Viuda de Barco, 1815), obra en dos actos y en verso puesta en música por el célebre maestro de capilla Ramón Garay.

<sup>12</sup> *Diario del viaje desde Valencia a Andalucía... 1782. Primera Parte*, Manuscrito 5.953 de la Biblioteca Nacional de Madrid, fol. 149v.

<sup>13</sup> T. XVI, Madrid, Joaquín Ibarra, 1791, p. 178.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 186.

<sup>15</sup> *Descrizione odeporica dell'a Spagna in cu i specialmente si da notizia delle cose spettanti alie belle arti degne dell' attenzione del curioso viaggiatore*, T. III, Parma, Dalla Stamperia Reale, 1795, pp. 135-139.

El siglo XIX supone la irrupción en nuestra provincia de un grupo notable de escritores (principalmente poetas), preocupados por su tierra, que, como no podía ser menos, concedieron una atención especial al principal monumento de la capital.

Citaremos, en primer lugar, a Diego Antonio Coello de Portugal, autor del breve, a la vez que sentido, *Cántico que en loor de la Sagrada Imagen del Santo Rostro de Nuestro Salvador Jesuchristo, que en tiempo inmemorial se venera en la Santa Iglesia Catedral de Jaén* (Jaén, Manuel María de Doblas, 1816)<sup>16</sup>, del que pueden servir como muestra sus primeras estrofas:

¡Ilustre Capital, Ciudad dichosa  
 Bien puedes hoy gloriarte  
 De que en tu Catedral tan suntuosa,  
 Que es prodigio del arte  
 Su arquitectura bella  
 Y no es fácil hallar otra qual ella,  
 Con religioso culto es venerada  
 Aquella Santa Faz, que en el Sudario  
 De la Muger Verónica estampada  
 Es milagrosamente en el calvario  
 Con la sangre preciosa del Cordero,  
 Que fue sacrificado en un madero!

Llegad, almas piadosas,  
 En santa romería,  
 Y con aquella fe que antes se hacía,  
 Adorad, religiosas  
 En este Templo Santo  
 Del Christo Dios el ROSTRO Sacrosanto, (p. 5)

El mismo sentimiento, dentro del tono apologético que le propicia el hecho que le va a servir de inspiración, se aprecia en su *Canto épico. El triunfo de la gracia en la conversión de Zabdia Bensabé, mora la mas obstinada en la creencia de su falsa ley: catequizada y bautizada solemnemente en la Santa Iglesia. Catedral de Jaén en 23 de Marzo de 1817, por el Illmo. Señor Don Andrés Esteban y Gómez, Dignísimo Obispo de esta Diócesis* (Jaén, Manuel María de Doblas, 1817). Así canta, por ejemplo, el momento del recibimiento de la conversa en el templo:

<sup>16</sup> Este pequeño librito sería reimpreso, según se hace constar, «por acuerdo del Excmo. Cabildo en Junio de 1878» (Jaén, Imp. de los Sres. Rubio y Alcázar, 1878).



## CANTO ÉPICO

EL TRIUNFO DE LA GRACIA

EN LA CONVERSION DE

ZABDIA BENSABÉ, MORA LA MAS OBSTINADA  
 EN LA CREENCIA DE SU FALSA LEY: CATEQUIZADA Y BAUTIZADA SOLEMNEMENTE EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE JAÉN EN 23 DE MARZO DE 1817, POR EL ILLMO. SEÑOR DON ANDRÉS ESTEBAN Y GÓMEZ, DIGNÍSIMO OBISPO DE ESTA DIÓCESIS:

DEDICADO

A la Serenísima Señora Infanta Doña MARIA FRANCISCA DE ASIS, Augusta Esposa del Serenísimo Sr. Infante Don CARLOS, que se ha dignado ser su Madrina, dando comision para el efecto á la Señora Marquesa del Cadimo.

LO ESCRIBIA

Don Diego Antonio Coello de Portugal, Maestrante de la Real de Ronda, y Socio de mérito de la Real Patriótica Sociedad de Jaén.

Por D. Manuel Maria de Doblas, Impresor de la Dignidad Episcopal.

Llega por fin aquel feliz momento  
 En que va a recibir el Sacramento.  
 ¿Y quién el aparato suntuoso  
 Describir ahora puede  
 De un Templo tan grandioso  
 Que es prodigio del arte  
 Su arquitectura bella,  
 Pudiéndose afirmar, que si no excede  
 A la del Escorial, en mucha parte  
 No es inferior a ella:  
 El concurso brillante, y numeroso  
 Que ocupa su anchuroso  
 Crucero, y aun no cave[sic]  
 En una y otra nave?  
 Nuestro digno Prelado  
 De sus pontificales  
 Insignias revestido,  
 De su ilustre Cabildo acompañado  
 Y otros muchos sugetos principales  
 Desde el propiciatorio enternecido  
 Lleno de un santo gozo inexplicable  
 Que asoma en su semblante tan afable,  
 Sale a encontrar con paso acelerado, (pp. 23-25)

Tenemos otra composición similar del mismo autor, en la que queda constancia –una vez más– de la veneración que despertaba el sagrado lienzo de la Verónica: *El deseado regreso de las Personas reales por las riberas del Betis, y sus sentimientos de devoción al Santísimo Rostro de Nuestro Redentor Jesucristo, que adoraron SS. MM. y AA. SS. en la Real Carolina. Poema en un canto dedicado a nuestra virtuosa reina doña María Josefa Amalia de Saxonia* (Jaén, Manuel María de Doblas, 1823). Una comisión sale de Jaén con la sagrada reliquia y, tras pernoctar en Guarromán, llega a La Carolina y allí la presenta a la comitiva real:

Nuestro Obispo descubre la *Faz santa*,  
Y la emoción es tanta.  
Que hincando la rodilla  
La Familia Real toda se humilla  
Ante el Rey de los Reyes y Naciones  
Para así recibir las bendiciones, (p. 16)

En el camino de regreso se producen grandes muestras de devoción popular en los lugares por donde pasa el venerado lienzo (Guarromán, Bailen, Mengíbar...), hasta llegar a la capital, donde es recibido con gran solemnidad.

Hasta tal punto llega el fervor al Santo Rostro por parte de Diego Antonio Coello de Portugal, que en una obra poética sobre la detención en tierras giennenses del general Riego no duda en atribuir el hecho (visto, desde su particular óptica, claro está) a la mediación de la venerada reliquia, como queda explícito en el mismo título: *La destrucción de Riego en el Reyno de Jaén. Poema. Canto único. Dedicado Al divino Rostro de nuestro Redentor Jesuchristo, que de tiempo inmemorial se venera en su Santa Iglesia Catedral, por cuya mediación creemos piadosamente se ha obrado este gran prodigio* (Jaén, Manuel María de Doblas, 1823; Madrid, Imprenta de Núñez, 1823).

Idénticos sentimientos religiosos destilan los emocionados serventesios y octavillas que conforman el poema «El Santo Rostro», publicado en *El Crepúsculo* (1842)<sup>17</sup> por el periodista, afinado por entonces en Jaén, Juan José Cotarello. Así lo revelan sus dos primeras estrofas:

Yo vi de un Dios la santa faz hermosa,  
la calva frente, y los hundidos ojos:

vile llorar, y en humildad piadosa  
de poner perdonado sus enojos.

Allí, a un espacio do le admira el mundo  
de un bóveda umbría mole altiva,  
vi que llegaba el pecador inmundo,  
a rendir su cerviz, un tiempo esquivá.

A mayor altura literaria raya el poema «La Catedral de Jaén», de nuestro mejor exponente poético durante esta centuria, Bernardo López García. Dicha composición, la más elogiada después de su popular oda «Al dos de mayo», ofrece un planteamiento argumental de sorprendente originalidad: el autor nos presenta a tres figuras alegóricas (la Duda, el Arte y la Fe) sobre el monte a cuyo pie se encuentra la ciudad, las cuales intercambian opiniones en torno a la construcción de un templo. El Arte y la Fe vencen con su argumentación a la Duda, que se muestra reticente. Al final se quedan solos los dos primeros y deciden unir sus fuerzas para erigir el gran monumento arquitectónico que perdurará a lo largo de los siglos:

Los años pasando van,  
y el templo su mole ostenta;  
lo que por Dios se sustenta  
los años no lo hundirán.

Corren y corren edades  
junto a la Iglesia grandiosa;  
por su cúpula ostentosa  
resbalan las tempestades,

Y eterna y firme levanta  
su continente sereno;  
ni la hace temblar el trueno,  
ni la muerte la quebranta.

Y es porque la alta piedad  
los frutos del bien aprueba;  
y lo que por Dios se eleva,  
tiene luz de eternidad.<sup>18</sup>

Mención especial merece *El Romancero de Jaén* (Jaén, Imp. de Francisco López Vizcaíno, 1862), colección de treinta poemas que recibió como obsequio la reina Isabel II en su visita a la

<sup>17</sup> Cfr. Alfonso Sancho Sáez y M<sup>a</sup> Isabel Sancho Rodríguez, *Poesía giennense del siglo XIX*, Jaén, Diputación Provincial, 1991, pp. 61-63.

<sup>18</sup> *Poesías*, 2<sup>a</sup> edic., Jaén, Est. Tip. de los Señores Rubio, 1880, pp. 141-148.

capital. Tomaron parte en este proyecto los más renombrados poetas giennenses del momento, quienes recrearon diversos temas de la provincia, siendo dos las composiciones que ahora nos interesa resaltar. El romance n° XX, titulado «La Catedral de Jaén», de Ciriaco Sidrach de Cardona, presenta una peculiar estructura en diálogo, en el que a las preguntas hechas al templo va respondiendo el eco que, en sucesivas intervenciones, relata la historia del mismo, en un clima de encendida fe y fervor patriótico. Véase en los primeros versos:

– «¿Qué haces aquí, Catedral  
límite dando a esa plaza  
donde te azota el furioso  
huracán de la montaña,  
que batir quiere las torres  
que te coronan gallardas?»  
Y el eco del viento dice  
bajando por la cañada...  
– «Esa es la fe de seis siglos  
que al espacio se levanta...»

El segundo, que hace el n° XXIX, es «La devoción del Santo Rostro», escrito por uno de los poetas más inspirados de la literatura giennense, el sabioteño Juan Antonio de Viedma. Dividido en tres partes, se centra en la romería que concita a un gran número de público en la festividad de la Virgen de agosto, luego la ceremonia en la catedral, para concluir con un canto a la sagrada reliquia:

Porque tú eres Santa Imagen  
la devoción de mi patria  
tú le das sus alegrías  
y tú le enjugas las lágrimas.

El panorama literario de la época se vio enriquecido con el amplio desarrollo experimentado por las publicaciones periódicas de ámbito nacional, en las que no faltan algunas muestras que atañen a nuestro propósito. Una de las más exitosas en su momento fue el *Semanario Pintoresco Español*, fundado por el célebre escritor madrileño Mesonero Romanos, donde uno de sus más asiduos colaboradores, Manuel de Corte Ruano Calderón, publicó dos entregas bajo el título de «España pintoresca. Jaén» (1844, pp. 196-197 y 203-204), la segunda de las cuales está dedicada por entero a nuestra Catedral.

Bien es verdad que no aporta novedades a los aspectos histórico-artísticos ya expuestos por los críticos ilustrados del siglo anterior, aunque no se le puede negar el mérito que tiene en cuanto a la divulgación, dada la amplia difusión del mencionado semanario.

En similares términos debemos referirnos al artículo «¡Al entrar en Jaén! (Recuerdos)», del periodista y militar gallego Juan Neira Cancela, aparecido en el diario madrileño *La Época* (15-4-1874, pp. 1-2). En una visita a la ciudad (la colaboración está fechada en Jaén, 31-3-1874), no puede menos de evocar «la lira magnética y vibradora de Bernardo López García», muerto prematuramente tres años antes, del que recuerda algunos versos del poema «La catedral de Jaén». Estos pensamientos le llevarán a afirmar:

La catedral de Jaén es una verdadera maravilla del arte: aquellas torres esbeltas, caladas, y que parecen confundirse entre el azul del cielo; aquel aspecto austero e imponente; aquel enverjado que la aprisiona y resguarda de los furiosos huracanes que aquí son tan comunes, todo, todo convida a penetrar en el sagrado recinto, a prosternarse allá en el fondo de la oscura nave y a dejar volar la fantasía por las regiones etéreas.

En alguno de estos periodistas (hoy los llamaríamos reporteros), que viajaban por distintos lugares en busca de temas para sus crónicas, no falta la nota humorística. Tal es el caso del prolífico autor Sinesio Delgado, director de *Madrid Cómico*, cuyas páginas acogieron una larga serie de composiciones poéticas bajo el título de «España cómica (Apuntes de viajes)», de la que el n° XLV corresponde a «Jaén» (23 de junio de 1888, n° 279, pp. 3-4). Hace uso de un estilo rebosante de fino gracejo, incluso con acertada imitación del habla de los lugareños, como el que se encuentra en el camino de Granada y, al enterarse de que desea ir a Jaén, le advierte:

– Pues oigasté, compare;  
en Jaén hay que ver, ni más ni menos  
que tres cosas notables:  
la catedral, la cara e Jesucristo...  
– ¿Y qué más?

– Y el camino pa marcharse.

Sin embargo, nuestro viajero, desconfiado, no tiene en cuenta este tercer consejo y nos confiesa que quedó gratamente sorprendido de lo visto en la ciudad, especialmente de su hermosa catedral y de la Cara de Dios, según manifiesta en el resto del poema, a cuyo texto acompañan algunas ilustraciones.

Fuera del ámbito periodístico, si bien dentro del vasto apartado de literatura de viajes, a las obras reseñadas más arriba tendríamos que agregar varias más, aunque no podemos extendernos en pormenores por motivos de espacio. Quede, no obstante, constancia de algunas de ellas, como *Recuerdos de un viaje por España* (Madrid, Est. Tip. de Mellado, 1849-1851), del impresor madrileño Francisco de Paula Mellado, quien en el cap. 8º del vol. III dedica un largo párrafo a nuestra catedral; *Viaje pintoresco por España y Portugal* (en *Nuevo viajero universal*, Vol. V, Madrid, Gaspar y Roig, 1862), del periodista segoviano Nemesio Fernández Cuesta, que hace lo propio en el cap. XXIV, o *De Granada a Burgos por Madrid y Villafranca de Navarra (1.361 kilómetros)*. *Propaganda Española XIII* (Burgos, Imprenta de El Correo de Burgos, 1898), del militar y escritor catalán Honorato de Saleta, en el cap. III, aunque éste resulta de menos interés que los anteriores. Y el panorama se complementaría con las crónicas del famoso viaje por tierras andaluzas de la familia real en 1862, que, a su paso por Jaén, visitó la catedral, hecho del que dan cuenta Francisco María Tubino (*La Corte en Sevilla. Crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias andaluzas*, Sevilla, Imprenta de la Andalucía, 1862, cap. XXVIII); Fernando Cos-Gayón (*Crónica del viaje de Sus Majestades y Altezas Reales a Andalucía y Murcia en setiembre y octubre de 1862*, Madrid, Imprenta Nacional, 1863, cap. IX), y Arístides Pongilioni y Francisco de Paula Hidalgo (*Crónicas del viaje de SS. MM. y AA. RR. a las provincias de Andalucía en 1862*, Cádiz, Eduardo Cautier Editor, 1863, cap. LXXII). Incluso tenemos la *Crónica del viaje de S. A. R.* (Bilbao, Imp. La Propaganda, 1895), redactada por el carlista guipuzcoano Tirso de Olazábal, quien, al relatar el paso por Jaén del aspirante al trono don Jaime de Borbón, no regatea elogios a nuestro

monumento, en el que centra su atención, sin olvidar la referencia a la Santa Faz (pp. 151-153).

Hasta tal punto llega la fama de la preciada reliquia, que inspiró a un anónimo poeta catalán esta bella composición polimétrica (formada por una redondilla, once sextillas y una cuarteta), de la que hemos visto un ejemplar en la biblioteca del Instituto de Estudios Giennenses: *Coplas de llahor y alabansa de la molt compassiva y benaventurada Santa Verónica que 's venera en la Catedral de Jaén, hont se conserva lo retrato verdadero de Nostre Senyor Jesucrist, conegut per Santa Faz* (Barcelona, Imp. de Ramírez y Cía, s.a.).

## SIGLO XX

A lo largo del siglo XX se enriquece de forma notable el repertorio literario sobre la catedral de Jaén, muy particularmente en el género lírico.

La emblemática revista *Don Lope de Sosa*, en su nº 27 (marzo de 1915, p. 93) incluye un bello soneto del poeta malagueño Riquelme dedicado «Al Santo Rostro de Jaén», del que entre-sacamos los tercetos:

Augusta Faz, por el sudor grabada  
Del Hombre Dios que al Gólgota camina;  
La Humanidad allá regenerada  
Bajo los brazos de la Cruz divina,  
Tiene en Ti, sacra imagen adorada,  
¡El Sol que sus tinieblas ilumina!

En el diario ubetense *La Provincia* (15-9-1924, p. 1; 19-9-1924, p. 1) encontramos dos sonetos dedicados, respectivamente, a «La catedral» y «El Santo Rostro», del sacerdote Miguel Ramos Luque, natural de Los Villares y por entonces párroco de San Nicolás en la capital de la Loma. El corte clásico que impregna su poesía puede verse en los dos cuartetos de la primera composición:

La excelsa majestad de lo cristiano  
brilla en su mole, cual la luz sagrada,  
espléndida creación, joya labrada,  
por el cincel del genio soberano.

Templo de Dios, conmueve de su arcano  
la augusta vibración eternizada;  
templo del Arte, su obra delicada  
es noble admiración del pueblo hispano.

Igualmente, la catedral y el Santo Rostro inspiran sendas composiciones del escritor cazorleño José de la Vega Gutiérrez, recogidas en su libro *Tiempo y espíritu. Poemas y romances de Jaén* (Jaén, Imprenta Provincial, 1946, pp. 95-96 y 203-205). Para la primera escoge el ritmo sonoro de los quintetos dodecasílabos, consiguiendo un conjunto de rica musicalidad, al más puro estilo modernista, como puede apreciarse en las dos primeras estrofas:

Bajo el palio terso de un cielo cobalto,  
bóveda de seda de mi Andalucía,  
dos torres esbeltas se elevan al alto  
como si quisieran alzarse de un salto  
hasta las hogueras que encienden el día.  
Torres admirables en su línea pura;  
flancos, en sillares de recio cimiento,  
de otro noble espacio, sobre el que perdura,  
viva y palpitante, toda la hermosura  
y la maravilla del Renacimiento.

En la segunda, en cambio, opta por el clásico romance, para ofrecernos una recreación, graciosa y vivaz, de la leyenda del viaje del obispo de Jaén a Roma, a lomos del diablo, de donde trajo la reliquia del Santo Rostro, al margen de la veracidad de esta fábula de amplia difusión popular, que ya habían puesto en entredicho dos mentes ilustradas: el P. Feijoo, en sus *Cartas eruditas y curiosas* (1742-1760, nº 24 y 31), y el Deán Mazas, en el «Prólogo-dedicatoria» del *Retrato al natural de la ciudad de Jaén y su término* (1794).

De fuerte lirismo están impregnadas algunas de las páginas del pealense Rafael Láinez Alcalá, docto catedrático de Arte en la universidad salmantina y también poeta, como las que recoge en el artículo «Nuevas rutas de la vieja España. Estampas líricas para un itinerario romántico», publicado en la revista madrileña *Cosmópolis* (mayo, 1928, pp. 37-44):

Y en todas las calles de la ciudad antigua os hallaréis con preciadas joyas triunfantes del olvido. Y sobre todo, frente al palacio de los obispos de Jaén, veréis erguirse con orgullo de hoguera

encendida por la fe de todo un pueblo esa custodia gigante de la catedral, cuya portada labraron a mediados del siglo XVI López de Rojas y Blas Antonio Delgado, contribuyendo el escultor Pedro Roldan con sus hermosas estatuas a la mayor armonía del conjunto arquitectónico. Triunfal apología de la piedra que sabe decir su oración perseverante. La catedral, la ciudad toda, con su historia pasada y con su vivir de hoy, no es más que el gran relicario guardador de la Cara Divina. Y aunque Jaén pueda enorgullecerse con las altas ejecutorias del poeta viril que cantó como ninguno el heroísmo del Dos de Mayo, y con otras fulguraciones de su historia particular, todo se ha de rendir a la devota magnificencia de la reliquia donde el Hijo de Dios puso los rasgos de su Faz divinizada.

El prolífico escritor Federico de Mendizábal, afinado por motivos profesionales durante varios años en nuestra tierra, presente en no pocas de sus obras, dedicó un soneto a «Jaén», el primero de cuyos tercetos reza así:

Del Ángel de Bailen, bajo los brazos,  
la Catedral ofrece en sus regazos  
al pueblo, entre sus cúpulas y altares.<sup>19</sup>

Aunque más nos interesa destacar, a este respecto, su bello tríptico de sonetos «Cúpulas entre las montañas... La Catedral», premiado en el certamen celebrado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Jaén el 23 de octubre de 1929, que luego sería incluido por el autor en su obra *Por la Senda de los Huertos (Tierra de mis hijos)* (Madrid, Editorial Gesta, 1962, pp. 30-32), aunque con anterioridad había sido seleccionado por los editores de *Sus mejores poesías* con el título de «A la catedral de Jaén» (Barcelona, Bruguera, 1954, pp. 95-96). Recordemos el primero:

Cresta que al viento rasga y desafía  
con una cruz clavada en su cimera;  
un antiguo castillo en la roquera  
cerviz, que al sol despeña con el día.

Otra luego y aún otra serranía  
cual ciclópeas murallas y frontera...  
Y en medio de las cumbres. Jaén, era  
una flor de la Raza, que se abría.

<sup>19</sup> Poema publicado en la revista *Don Lope de Sosa*, nº 174, junio 1927, p. 177.

Ciudad del Santo Reino, sin el templo.  
Así la fe, con soberano ejemplo,  
– ¡Ten la casa de Dios! –dijo. Y lo mismo  
que si abrieran tus montes las entrañas,  
como un Titán naciste al Cristianismo,  
rasgando el corazón de tres montañas.

En este mismo certamen literario, según la revista *Don Lope de Sosa* (nº 202, octubre 1929, p. 319), el catedrático de instituto Juan Tamayo Rubio leyó un tríptico de sonetos «A la Catedral» del militar y poeta giennense Leocadio López y López, cuyo texto mecanografiado se conserva en el archivo de la referida institución giennense. Las tres composiciones llevan, respectivamente, los siguientes títulos: «El Santo Rostro», «La ilusión de la Torres» y «La Misa del Trascoro». Reproducimos este último:

Es costumbre piadosa, tierna y bella,  
en santa Catedral de Andalucía,  
el sábado, al lucir el nuevo día,  
apenas en el cielo el Sol destella,  
honrar a la Purísima Doncella,  
Madre de! Redentor, sin par María,  
con un acto impregnado de poesía  
ante el lindo retablo de Maella.  
De las campanas el clamor sonoro  
alboroz a las aves en su nido;  
sale a cantar la Misa en el Trascoro  
un Ministro, de seises precedido,  
y a las notas del órgano en el coro,  
el Niño-Dios despierta complacido.

El polifacético escritor José Ortiz de Pinedo, que cosechó grandes éxitos en el Madrid de la primera mitad de siglo, al evocar, desde allí, su ciudad natal en el poema «Jaén», incluye entre los recuerdos infantiles: «y rezar en la augusta catedral por mis vivos / y mis muertos amados»<sup>20</sup>.

Nuestra catedral se convirtió, por caprichos del destino, en testigo mudo e involuntario de algunos de los más tristes sucesos de la Guerra Civil, como la prisión de la primera autoridad diocesana, el obispo don Manuel Basulto, luego ejecutado en los llamados «trenes de la muerte», y el robo sacrílego del Santo Rostro. Éste, concluida la contienda, pudo localizarse en Francia y ser restituido al templo catedralicio, con el lógico alborozo del pueblo giennense. El cronista

Luis González López pronunció una emotiva conferencia ante los micrófonos de Radio Jaén la noche del 16 de marzo de 1940, cuyo texto, seguido de la crónica del viaje efectuado a Madrid por una comisión nombrada al efecto, a la que hizo entrega de la preciada reliquia el Jefe del Estado Francisco Franco, sería luego publicado (*Adoración del Santo Rostro. Simiente para la fe*, Jaén, Tipografía Provincial, 1941). Y por lo que respecta al trágico final del prelado y otros sucesos colaterales, resulta especialmente conmovedor, a la vez que edificante (por el profundo sentido cristiano que manifiestan sus protagonistas), el desgarrador conjunto documental rescatado del olvido hace unos años por Jesús Cañones Cañones y dado a la luz en la editorial ubetense Amarantos (1997) bajo el título de *Cartas antes de morir (Prisiones de Jaén, 1936-37)*.

Pasados estos luctuosos hechos, el primer templo diocesano recupera su andadura literaria. El periodista Manuel Millán López, en la edición del diario *Jaén* correspondiente al sábado 13 de octubre de 1951 (p. 6), publicaba el artículo «Jaén, ciudad con una catedral», donde nos narra la excursión con un grupo de compañeros de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid. Desde la montaña del castillo les dibuja esta bella estampa:

Habéis visto la Catedral desde la Plaza de Santa María y habéis dicho que es «estupenda». Cuando la veáis desde la Cruz del Castillo no diréis ni una palabra.  
Nadie hablaba por un momento. Sólo se oía el disparo suave de las máquinas fotográficas. Hubo un momento de éxtasis artístico, de rito arquitectónico.  
Estaba maravillosa de armonía y color. Con ese porte majestuoso y esa planta digna de la auténtica obra de arte. Severa en su Renacimiento y graciosa por su versión andaluza.

En los Juegos Florales celebrados en Jaén el 24 de octubre de 1951 se dieron cita varios poetas para cantar «Al Santo Rostro». Resultó premiado el soneto presentado por Felipe Moli-

<sup>20</sup> El texto del poema aparece recogido en la revista *Paisaje* (nº 33, febrero 1947, p. 906), donde se afirma que pertenece al libro de poesías en preparación *Polvo de estrellas*, de cuya publicación no tenemos constancia.

na Verdejo y fueron distinguidos con «accésit» sendos sonetos del granadino Rafael Guillén y de la almeriense Celia Viñas<sup>21</sup>. Así rezan los dos cuartetos del primero:

Imagen fiel del rostro de mi Amado,  
pintura del Dolor y la Agonía,  
divino Sol que. en oro y pedrería,  
mi oscuro caminar has alumbrado.

Milagro del Amor, Lienzo sagrado:  
si a mirarte otra vez mi alma porfía,  
es que en otro lugar no han alegría,  
los ojos que una vez te han contemplado.

No le van a la zaga otros dos sonetos del mismo vate comprovinciano Molina Verdejo: «A la catedral de Jaén» y «La catedral de Jaén», publicados, respectivamente, en las revistas giennenses *Advinde* (11° 2, noviembre 1952, p. 3) y *Senda de los Huertos* (n° 1, enero-marzo 1986, p. 90). Y a estas composiciones habría que agregar otra, más extensa y, si cabe, más lograda: la titulada «Catedral luminosa, la Catedral de Jaén», incluida en su libro *Épico Jaén, lírico Jaén (Rapsodia en Morado)* (Ayuntamiento de Jaén, 1995, pp. 100-104). Reproducimos su primera estrofa:

Piedras blancas, sagradas,  
materia apenas; luz, luz aprehendida,  
que se elevan, aladas,  
toda gravitación ya suspendida.  
Arrebatado miro  
la pasión y la audacia de su vuelo:  
aquí recta, allí giro,  
y lisura de planos nivelados,  
y cuidadoso celo  
en mostrar a los ojos encelados  
primores de cinceles  
en medallas, en frisos recamados,  
en fustes, en corintios capiteles.  
Polígonos del aire, geometría  
de la luz, concreciones  
de espacio, de equilibrios, de armonía.

Hemos hablado de la *reviste Advinde*, fiel exponente del panorama poético giennense de los difíciles tiempos de la posguerra. Aparte del soneto ya citado, también tuvieron cabida en sus páginas otros poemas sobre el particular. Nos referimos a «El Órgano de la Catedral», formado por dos octavas de bella factura, de Francis-

co Herrera (n° 4, enero 1953, p. 7); el sentido soneto «Al Santo Rostro», de Luis Cabeza Menéndez (n° 20, octubre-noviembre 1954, p. 12); los dos «Sonetos a la Catedral de Jaén», contruidos con fina elegancia por Manuel Arjonilla Terrero (n° 22-23, abril 1955, p. 7), y el canto al «Santo Rostro», en el que Antonio Alcalá Venesclada evoca, con emocionado fervor, el pasaje de la Pasión protagonizado por la Verónica.

A esta nómina poética debemos añadir los nombres del malagueño Luis Cambronera y del alcarreño José Antonio Ochaita. Al primero corresponde el libro *Cimas de Málaga y algunas obras héticas* (Madrid, Imprenta Murillo, 1950), donde figura «Jaén» (pp. 253-255), composición de veinticuatro serventesios alejandrinos, en los que alaba distintos aspectos de la provincia, concluyendo de esta forma:

¿Qué privilegio tiene tu bendecida tierra,  
que presta a nuestros hombres tan singular  
fervor?...

¿Será porque tu templo catedralicio encierra  
la imagen verdadera del Rostro del Señor?...

Miradas celestiales nos llegan bondadosas,  
porque nuestro desvelo por ese Rostro ven,  
y hacen que nuestras armas defiendan valerosas  
la efigie veneranda de Dios, que está en Jaén.

Por su parte, el segundo, en su libro *Poetización de Jaén* (Jaén, Gráficas Nova, 1965) incluye sendas composiciones en torno a los dos temas habituales: «Catedral» (pp. 15-20) y «Santo Rostro» (pp. 21-27). Sirvan de muestra estos versos de la primera:

... Los olivares, la ven  
como un olivo celeste  
crecido bajo la luna...  
... Norte... Sur... Este y Oeste,  
le van labrando una cuna  
azul, en la diafanía  
sin mácula de la esfera...  
¡Es como si Andalucía  
un gran balcón entreabriera  
para ver la lejanía...!  
... Un balcón, como no hay dos,

<sup>21</sup> El texto de estos tres poemas aparece reproducido en la revista *Paisaje* (n° 79, noviembre 1951 - enero 1952, p. 271).

sobre la sierra y la loma,  
tan hermoso, que se asoma  
–desde él– la Cara de Dios...!  
... ¡Hay que llamarle de «vas».  
no de «tú»...

– ... i Vos, Catedral,  
milagroso palafrén  
en escala vertical  
bajo el cielo de Jaén...!

El ubetense Juan Pasquau, preclaro cantor del conjunto monumental de su ciudad natal, no regatea elogios, sin embargo, al primer templo de la diócesis en un precioso artículo, digno de su pluma, publicado en el diario *Jaén* (18-10-1969) y luego recogido en su libro *Temas de Jaén* (Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1980, pp. 25-27), del que transcribimos las primeras líneas:

La catedral de Jaén, enfrentada en perenne «vis a vis» con el Jabalcuz, parece una réplica de la arquitectura a la pura geología, de la piedra civilizada a la roca, es decir, de la Historia a la Geografía. Desde cualquier camino que lleva a Jaén, la catedral aparece perfilada, rotunda y neta, signando de espíritu la topografía de la capital. Hay ya quienes no sé por qué puritanismo empiezan a renegar de las catedrales. Puro «snobismo» religioso. Ciertamente, si algún día desaparecieran las catedrales se habría consumado ese proceso de desacralización que devolvería a los conjuntos urbanos una fisonomía acéfalas proclive a todos los desórdenes. Yo creo que, en cualquier conjunto urbano, la presencia del templo –llámese catedral o, simplemente, iglesia– es como un regulador que frena cualquier desbandada.

Con el poemario «Jaén-Machado. Unívoca memoria» conseguía el segundo galardón en el «II Premio Jaén de Poesía (1979)» el poeta sevillano, estudiante de Magisterio en la SAFA de Úbeda, Manuel Jurado López (Cfr. *Premios Jaén de Poesía. Años 1978-79-80y 81*, Jaén, Club 63, 1981, pp. 29-46). En la segunda de las siete partes que lo componen, hace una atinada evocación del célebre poeta ante el templo catedralicio de la capital, acudiendo a motivos poéticos típicamente machadianos, como se desprende del propio subtítulo: «Tarde de lluvia ante la catedral de Jaén». Son los momentos difíciles de

su etapa baezana, con el recuerdo imborrable de su joven esposa muerta y el intento de buscar una respuesta en el Dios que anidaba en su conciencia:

Con esa soledad del que está lleno  
de soledades juntas,  
con esa ingravidez de roca y mimbre  
colgada de la percha de sus hombros  
zapatea la lluvia  
–calle Maestra arriba–  
hasta la hueca mano que le tiende la plaza.  
Llueve.  
Siempre ha llovido en su memoria:  
unas veces gorriones,  
otras, palabras.

Llueve

sobre la catedral  
y sus gemelos mástiles de piedra.

Como una roca él,  
como esponjosa piedra  
en la que el viento puso su lenguaje  
de polvo o de granizo,  
sin ternura posible  
para la cicatriz recién cerrada.

El hombre se detiene,  
reconoce los cantos salmodiados  
de los viejos canónigos de coro.  
Entre atriles y toses Dios se aburre  
cuando a la puerta, seminenúfar,  
un poeta andaluz, a su manera,  
le está llamando a voces.

Llueve sobre Jaén,  
sobre Machado llueve,  
y Dios, con su paraguas de paciencia,  
le cubre con ternura su abandono.

El poeta ubetense José Vico Hidalgo, en el soneto «A Jaén (En la feria de San Lucas)», incluido en la *Segunda antología* del Rincón Poético Juan de Yepes (Úbeda, 1984, p. 261), no puede obviar la referencia en el segundo cuarteto:

Tu Catedral, de grácil simetría  
¡qué bella es!, tu joya más preciosa,  
que se eleva gentil, majestuosa,  
con graciosa y señera gallardía.

El soneto constituye el molde métrico más frecuente para sintetizar, en su férrea estructura, los sentimientos que inspira nuestro monu-

mento, tanto en el plano artístico como en el religioso. Véase, en el que el profesor y poeta jaennense José García García dedica «A la Catedral de Jaén» (*Senda de los Huertos*, n° 14, abril-junio, 1989, p. 111):

Corazón de Jaén, genial cimera;  
olivo de esperanza cuyas ramas  
al cielo nos acercan, cuando llamas  
con recia voz de bronce, mensajera.

Fuente de mansedumbre, fortaleza;  
manantial de la fe, de paz, de vida,  
que el alma, en tu regazo, agradecida,  
apura hasta saciarse de belleza.

Eurítmica, perfecta, fervorosa,  
Sagrada Faz exhibes y atesoras,  
Catedral de esta tierra religiosa.

Catedral, palomar, arca grandiosa;  
Catedral, tú, testigo de mis horas  
de fervor y piedad, ¡maravillosa!

El iliturgitano Tomás Beviá Aranda cierra su último libro publicado en vida (*Violetas del Santo Reino*, Jaén, Diputación Provincial, 1997, pp. 56-57) con el poema «Santo Reino», en el que se leen estos versos:

La catedral,  
celestial melodía  
grandiosidad solemne  
de sinfonías  
de Turina y de Falla,  
con ritmo gregoriano  
y acento  
gitano.

Pasamos, a continuación, a tres poetas del grupo «El Olivo». En su libro *Mi antiguo Jaén* (Jaén, El Olivo, 1998, pp. 18-20) el sacerdote Rafael Valdivia Castro, literato de vocación tardía, pero que ha cosechado importantes premios en los últimos años, nos obsequia con dos bellas composiciones: el soneto «Castillo y Catedral (Diálogo de amor)» y la decena de cuartetos alejandrinos, al más puro estilo clásico, dedicados a la «Catedral de Jaén». El idilio amoroso de los dos monumentos que se elevan en el horizonte de la ciudad se condensa en estos versos finales:

De origen fuiste mora, mas cristiana  
te recrearon después, y más hermosa,  
la requiebra el castillo estremecido.

Y ella, cristiana al fin y musulmana,  
prendida del amor, mas ruborosa,  
a su cuita a amor se le ha rendido.

Y como muestra del segundo poema, podemos destacar las tres estrofas iniciales:

La joya de Jaén, el templo esplendoroso;  
el más ingente sueño que concibió el artista,  
Andrés de Vandelvira; es gozo de la vista,  
pues que forjó aquel hijo tan bello y poderoso.

De la indomable roca, informe en la cantera,  
hábil alarife con magias han logrado  
que nazca y viva el hijo tan amado  
que nuestro gran maestro soñando concibiera.

Prodigio de la mano, diestra y poderosa,  
con toque delicado y en ocasiones fuerte,  
hace que resucite del foso de la muerte  
aquella maravilla que oculta está en la losa.

Rafael Lizcano Zarceño, auténtica alma del citado grupo poético, se ha especializado últimamente en la confección de sonetos acrósticos, artificio que sólo se consigue tras una dilatada carrera de experimentación lírica. En uno de sus varios poemarios compuestos con este recurso métrico, *A Jaén de la Paz y del Olivo* (Jaén, El Olivo, 2000, p. 23), encontramos este buen ejemplo de tal modalidad, circunstancia que no le impide aglutinar en torno a nuestro monumento las señas de identidad jaeneras:

#### CATEDRAL DE JAÉN

Catedral de Jaén que a ras del cielo  
Aranda, López Rojas, Vandelvira,  
Truncando roca que a la gloria aspira,  
Elevaron en gracia para el suelo.  
Donde al rezar Jaén junto a su «Abuelo»  
Radiante el Santo Rostro escucha y mira  
Al corazón del Chirri y la Pastira  
Loando a Dios para buscar consuelo.  
Donde el alma de un pueblo se ilumina  
Elevando a la Cruz su voz sencilla  
Junto al amor de Santa Catalina.  
Augusta Catedral que aún más nos brilla  
En esa protección que da, divina.  
Nuestra Virgen triunfal de la Capilla.

El tercer autor del grupo «El Olivo» que anunciábamos es el marteño Miguel Calvo Morillo, referente inexcusable en el panorama poético de la provincia en el último medio siglo. Y traemos a consideración una de sus últimas

composiciones, el soneto «La Catedral», publicado en la revista *Claustro poético* (nº 14, 2003, p. 25) y luego incluido en la reciente antología de J. Román Grima *Poesía solidaria* (Jaén, Liberman, 2007, p. 55). Lo reproducimos en su integridad:

Y el oro fue cegando mi mirada  
al contemplar tu nítida hermosura  
de piedra vertical, y tu locura  
de ganar el paraíso iluminada  
por los rayos del sol. Y aurificada  
ser custodia gigante y arboladura  
de un navio de recta singladura  
surcando por la mar inmaculada  
que nos conduce a Dios. Puente grandioso  
donde se une la tierra con el cielo.  
Oh, reliquia de un pueblo generoso  
que pone en tu esplendor todo su anhelo,  
pues ve en su Catedral, todo gozoso,  
el palio divinal para «El Abuelo».

Y completamos este mosaico lírico con uno de los jóvenes valores de la actual poesía gienense, Pedro Luis Casanova, autor de «Catedral», una bella y elaborada composición en la que el yo poético se funde con el entorno recreado. Pertenece a su libro *Café* (Sevilla, 2001) y ha sido incluido en la mencionada antología de J. Román Grima (pp. 81-82). Rescatamos las dos primeras estrofas:

La mañana conoce todos los preludios.  
La ciudad despierta por su arista de sueños,  
y desnudo,  
como el recuerdo que desanda  
en la memoria  
los viejos callejones  
el tiempo se reparte a los relojes  
con el aire mojado  
de jazmín y campanas.  
Mas,  
habitando la brújula de los arrabales,  
como luna que afila  
en la noche su risa,  
emerge cada torre del silencio  
de la piedra. Ya lejos  
lejanamente exactas,  
esconden  
bajo el agua de los charcos  
la eterna cicatriz que, como el tiempo, sucede  
por ser ya solamente  
desfiladero en tierra de la nada.

Si dirigimos ahora la mirada al campo narrativo, el muestrario resulta sensiblemente más parco, pero sólo desde el punto de vista cuantitativo. Porque, en efecto, dentro de la amplia producción literaria del urgabonense Juan Eslava Galán, galardonado con importantes premios a nivel nacional, ocupa un lugar prominente su novela *Catedral* (Barcelona, Planeta, 1992), en la que el autor experimenta nuevas formas de construcción. Con una estructura atemporal, donde no cabe el típico argumento lineal, se establece un discurso narrativo en el que se entremezclan hechos reales del pasado remoto (etapa de construcción del templo, el obispo insepulto...) o del más cercano (sucesos trágicos de la Guerra Civil: bombardeo de la ciudad, prisión y asesinato del obispo Basulto...), con elementos legendarios (llegada del Santo Rostro transportado por el obispo a lomos del Diablo) y de pura ficción (andanzas de un canónigo de vida licenciosa); todo ello enmarcado en los recuerdos vividos por el propio autor durante su etapa juvenil. La Catedral de Jaén se yergue, así, al margen del paso del tiempo y del protagonismo de las personas, como espacio mítico de la ciudad, magistralmente expuesto en la apertura y cierre de la novela:

#### ARCA DORADA

diapasón del mundo  
caja de resonancia del más delicado instrumento  
Armónica Montaña.

Un viento viene de lejos, largo, zigzagueante,  
poderoso como la cola del lagarto. Viene de las  
montañas grises, del aire húmedo y frío, del polvo  
de las estrellas, de la muerte, de la vida.

Viento.

Sopla el viento en la noche solitaria de la ciudad  
desierta. El viento junta sus brazos, junta sus  
fuerzas en un solo músculo en la plaza de Santa  
María.

... ..

Se levanta la noche y salen a la luz las torres  
y el cimborrio como el cañaveral sale de la niebla  
del pantano. Revive la ciega ciudad. Gira el mundo.  
La sangre riega los músculos. Los tendones gobiernan  
los huesos. Se mueven.

Un viento viene de lejos  
Armónica Montaña  
caja de resonancia del más delicado instrumento  
diapasón del mundo  
Arca Dorada.  
CATEDRAL.<sup>22</sup>

Mucho más modestas son las pretensiones del madrileño-ubetense José Ángel Montero LaRubia en su novela corta *La batalla de Jaén* (Úbeda, Gráficas Úbeda, 1997), relato de corte humorístico-costumbrista sobre las peripecias de un grupo de jubilados de la ciudad de los Cerros que, en una excursión a la catedral de Jaén, pretende rescatar del museo una «Piedad» de Pedro Machuca, que hasta la Guerra Civil había formado parte de un retablo de la iglesia de Santa María de Úbeda. Sin embargo, la oportuna intervención de la fuerza pública hará fracasar la quijotesca empresa. No falta alguna breve pincelada descriptiva del templo:

En las entrañas de la monumental iglesia admiramos la sublime belleza de la galería central, blasonada por la serenidad de sus cristalinas columnas, el volátil cimborrio, las cuatro pechinas adornadas con unos delicados relieves ofrendados a San Miguel, el Arcángel Patrono de Úbeda, mi pueblo, San Eufrasio, Nuestro Señor Don Santiago y Santa Catalina» (p. 19).

Fuera del ámbito provinciano tenemos a notables representantes de los más variados géneros en prosa, en cuyas obras hallamos la presencia del templo que nos ocupa. Son los casos, por ejemplo, de Luis Bello (*Viaje por las escuelas de España*, T. IV, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, «Renacimiento», 1929, p. 196); José María Pemán (*Guías de España: Andalucía*, Barcelona, Destino, 1958, pp. 521-523); Darío Fernández Flórez, tanto en los recuerdos de sus estancias giennenses en casa de su abuelo materno, el famoso arquitecto Justino Flórez Llamas (*Memorias de un señorito*, Madrid, Editorial Plenitud, 1956, pp. 17-20), como en el polémico artículo «La costra del progreso» (*ABC*, Madrid, 8-1-1966, p. 3); Ángel Dotor (*Ciudades monumentales de España*. Vol. III, Girona-Madrid, Dalmau Caries, 1962, pp. 221-228); Enrique Llovet (*España viva*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1967, pp. 160-161); Tico Medina (*Es-*

*paña por el talle*, Madrid, Editorial Azur, 1972, p. 44); Carlos Pascual (*Guía sobrenatural de España*, Madrid, Al-Borak, 1976, pp. 228-229); Javier Sierra y Jesús Callejo (*La España extraña. Un viaje por los misterios que permanecen vivos en nuestra geografía. Misterios celestes y religiosos*, Madrid, Edaf, 1997, pp. 161, 162, 169, 177, 180-181, 221 y 293), etc...

Varias de estas obras pertenecen al género de «literatura de viajes», que en esta época cuenta con un autor de talla universal, como Camilo José Cela. El último premio Nobel español, al relatar en *Primer viaje andaluz* (1959) su paso por la ciudad de Jaén, dedica más de dos páginas a la Catedral, en las que introduce datos históricos y notas eruditas, que concluyen con estas consideraciones:

El 22 de mayo de 1801, a los cinco siglos largos de obras y titubeos y proyectos y realidades, la catedral de Jaén fue consagrada. La verdad es que los jaeneses tardaron en verla lista, pero la vieron redonda.

Por dentro –donde no ha de meterse el vagabundo [el autor] porque, como ya alguna vez contó, no es muy amigo de solemnidades (catedrales, museos, academias, etc.)–, la riqueza está a juego con lo que por fuera se ve. La catedral de Jaén guarda la «cara de Dios», marcada en el lienzo con que la Verónica limpió la faz de Nuestro Señor Jesucristo en la subida del Calvario, y varios valiosos cuadros de Ribera, Murillo, José Antolínez, Mariano Salvador Maella y otros renombrados pintores.<sup>23</sup>

Mención especial merece las páginas del laureado novelista ubetense afincado en Sevilla, Salvador Compán Vázquez en su reciente obra *Jaén, la frontera insomne* (Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2007), cuyo capítulo segundo («Los caminos de Dios», pp. 17-36) concede al templo catedralicio atención preferente. Véase en los párrafos que cierran el citado capítulo:

<sup>22</sup> No es éste el único testimonio literario de Juan Es-lava Galán sobre la joya arquitectónica. Podemos agregar el soneto «Ella en la catedral», fechado en 1986 y recogido en la citada antología de J. Román Grima *Poesía solidaria* (2007, p. 99), composición que se cierra con una emotiva referencia a la representación de la Transfixión de la Virgen, obra de Francisco Pancorbo.

<sup>23</sup> 4ª edic., Barcelona, Editorial Noguer, 1977, p. 125.

Tú mismo, que has estado esta mañana recorriendo su interior, encuentras en cada ocasión que acudes motivos de extrañezas. Hoy, no puedes separar la fachada, que desde el castillo ves ahora, de las naves o columnas que viste, porque ambos, interior y exterior, basan su eficacia en el atractivo de la materia que los levanta. No tienes la impresión de que haya forma y fondo en la catedral, ni de que la fachada cree una atmósfera distinta a la que se respira, por ejemplo, en la sacristía. La piedra dorada, tan dúctil al cincel, se sobra para componer un ritmo de pliegues y ángulos, de realces y sombras que, en sí mismos, son lo que sostiene y lo que sdorna. Lo que traspasa de dentro a fuera o viceversa: el haz y el envés de una hoja sostenida por los mismos nervios. La piedra rizándose o quebrándose desde la piedra para componer una inmensa escultura.

Incluso en la sala capitular, uno de los lugares obligados en tus visitas a Jaén, te cuesta trabajo detenerte en el espléndido retablo de Pedro Machuca, a pesar de que las rectas que enmarcan a las pinturas lo integran en el espacio y de que la factura de cada uno de los óleos –en especial el tondo de la Verónica– merecen las luces del mejor museo. Pero allí también la piedra se come al retablo. En cualquiera de sus espacios, la catedral muestra su autosuficiencia, su rechazo a cualquier añadido, como si actuara en ella una implacable ley orgánica que exigiera la desnudez de la materia para cantarse a sí misma.

La sigues observando desde arriba, desde esa perspectiva en picado que disminuye lo contemplado y que, sin embargo, no le resta a la catedral su aspecto de ciudad embutida en la otra ciudad que tiene muchas más lecturas que las de su perfecta, inverosímil belleza. No en vano en ella estuvo el poder económico de la ciudad ni es casual que forme parte del catálogo europeo que relaciona sus edificios cumbre ni que se postule como Patrimonio de la Humanidad, rango que es imposible que no obtenga en un próximo futuro. Nadie que haya visto su atrevida contención, su montañosa exactitud, puede dudar que en ella, en la catedral, está ya encarnado el primer milagro de todos los que luego protagonizaría el Santo Rostro.

Por su parte, Antonio Ferres, uno de los más genuinos representantes del llamado «realismo social», particularmente con *La piqueta*

(1959), novela construida en torno a un matrimonio que se traslada de Jaén a Madrid en busca de trabajo y vive en condiciones muy precarias, no olvida su ascendencia giennense y hace exclamar a María, la protagonista: «por el Santo Rostro que se conserva en la Catedral de Jaén, bajo siete llaves»<sup>24</sup>.

Mención especial merece, por la categoría del autor, la narración titulada «Paradiso, XXXI, 108», incluida en *El hacedor* (1960), del argentino Jorge Luis Borges, quien, dentro de su estilo habitual, crea un relato en torno a la sagrada reliquia de la Verónica. Dado que el texto no es muy extenso, lo reproducimos en su integridad:

Diodoro Sículo refiere la historia de un dios despedazado y disperso; quien, al andar por el crepúsculo o al trazar una fecha de su pasado, no sintió alguna vez que se había perdido una cosa infinita.

Los hombres han perdido una cara, una cara irrecuperable, y todos querían ser aquel peregrino (soñado en el empíreo, bajo la Rosa) que en Roma ve el sudario de la Verónica y murmura con fe: Jesucristo, Dios mío, Dios verdadero, ¿así era, pues, tu cara?

Una cara de piedra hay en un camino y una inscripción que dice *El verdadero Retrato de la Santa Cara del Dios de Jaén*; si realmente supiéramos cómo fue, sería nuestra la clave de las parábolas y sabríamos si el hijo del carpintero fue también el Hijo de Dios.

Pablo la vio como una luz que lo derribó; Juan, como el sol cuando resplandece en su fuerza; Teresa de Jesús, muchas veces, bañada en luz tranquila, y no pudo jamás precisar el color de los ojos.

Perdimos esos rasgos, como puede perderse un número mágico, hecho de cifras habituales; como se pierde para siempre una imagen en el calidoscopio. Podemos verlos e ignorarlos. El perfil de un judío en el subterráneo es tal vez el de Cristo; las manos que nos dan unas monedas en una ventanilla tal vez repiten las que unos soldados, un día, clavaron en la cruz.

Tal vez un rasgo de la cara crucificada acecha en cada espejo; tal vez la cara se murió, se borró, para que Dios sea todos.

<sup>24</sup> Madrid, Emiliano Escolar Editor, 1981, p. 102.

Quién sabe si esta noche no la veremos en los laberintos del sueño y no lo sabremos mañana.<sup>25</sup>

## LIBROS DE VIAJES EXTRANJEROS

A lo largo de las páginas precedentes han ido aflorando algunas obras, de diferentes épocas, que entran de lleno en el género de la literatura viajera española. Pero quedaría incompleta esta visión, si no lo hiciéramos también con los autores extranjeros, cuyos testimonios cuentan «a priori» con el valor añadido de que proceden de personas que se hallan libres de los condicionamientos que conlleva la proximidad. Así pues, siguiendo el mismo criterio cronológico, vamos a efectuar un rápido recorrido, sin ánimo –por supuesto– de ser exhaustivos, por las obras que nos han parecido más destacables en el campo objeto de la presente colaboración.

En *Il viaggio fatto in Spagna* (Venecia, 1563) del embajador veneciano Andrea Navagero, donde se recogen las impresiones de su periplo por nuestro país entre los años 1524-1526, figuran algunas líneas dedicadas al paso por Jaén, en las que no falta la alusión obligada: «Tiene una hermosa iglesia en que, según dicen, está la Verónica, y la muestran una vez cada año en día para ello señalado, y no se enseña ningún otro día, como no sea a petición del rey o del emperador»<sup>26</sup>.

Aunque la ciudad de Jaén permaneció durante mucho tiempo fuera de las principales rutas viajeras, la explosión de esta actividad durante el siglo XIX, favorecida por los aires románticos y, en nuestro caso concreto, por sensibles mejoras en la red de comunicaciones, supuso la inclusión de la capital del Santo Reino en muchos de los itinerarios seguidos por los visitantes extranjeros.

De todas formas, las tierras de Jaén, se convertían –la mayoría de las veces– en un mero «lugar de paso» hacia (o desde) los tres destinos preferidos de Andalucía: Granada, Córdoba y Sevilla. De ahí que muchos viajeros se limiten a reflejar datos ya conocidos, a veces tomados de relatos anteriores o distintas fuentes consultadas previamente. No obstante, vamos a reseñar

a continuación algunas de las obras que contienen referencias a nuestra catedral.

El militar y político francés Alexandre de Laborde ofrece una breve descripción de la catedral giennense en su *Itinerario descriptivo de las provincias de España y de sus islas y posesiones en el Mediterráneo; con una sucinta idea de su situación geográfica, población, historia civil y natural, agricultura, comercio, industria, hombres célebres, carácter y costumbres de sus habitantes y otras noticias que amenizan la lectura. Traducción libre del que publicó en francés Mr. Alexandro Laborde en 1809. Acompaña un Atlas de 29 mapas* (Valencia, Imprenta de Ildelfonso Mompié, 1816, p. 450); al igual que el capitán de la Armada inglesa y profesor de Botánica y Química en Oxford Samuel Edward Cook (*Sketches in Spain during the years 1829, 1830, 1831 & 1832; containing Notices of Some Districts very little known; of the manners of the People, Government, Recent Changes, Commerce, Fine Arts and Natural History*, London, Thomas and William Boone, 1834, Vol. II, p. 101).

Más explícito es el militar británico Lord Andrew Thomas Blayney, participante en la Guerra de la Independencia, quien nos relata su visita al templo, acompañado de un comandante y del deán, destacando la «sensación de terror imposible de describir» que le produjo la contemplación de la Santa Faz (Cfr. Alberto Savine: *España en 1810. Memorias de un prisionero de guerra inglés. Con arreglo a documentos de Archivos y Memorias*, traduc. de Antonio Muñoz Pérez, París, Louis-Michaud, s.a., pp. 78-80). Y ambos aspectos (edificio y reliquia) son reseñados también por otro militar inglés, destinado algún tiempo en Gibraltar, Charles R. Scott (*Excursions in the mountains of Ronda and Granada with characteristic sketches of the inhabitants of the south of Spain*, London, Henry Colburn, 1838, Vol. II, p. 343).

Lo mismo hace el famoso escritor y periodista francés Théophile Gautier en su *Voyage en Espagne* (París, 1843), donde afirma lo siguiente:

<sup>25</sup> *El hacedor*, Madrid, Alianza Editorial, 1975, pp. 53-54.

<sup>26</sup> Cfr. José García Mercadal: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, T. I, Madrid, Aguilar, 1952, p. 863.

La Catedral, inmenso abigarramiento de arquitectura, que desde lejos parece más grande que la misma ciudad, se alza orgullosa, como montaña fingida junto a la natural. Esta Catedral, del género de arquitectura del Renacimiento, y que se jacta de poseer el lienzo auténtico en que la Verónica recogió la huella de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo, fue edificada por los duques de Medinaceli. Es bella, sin duda alguna, pero de lejos la habíamos imaginado más antigua, y, sobre todo, más interesante<sup>27</sup>.

Destacaremos también el testimonio de uno de los libros clásicos de la literatura viajera, *A Hand-Book for travellers in Spain and Readers at Home describing the Country and Cities, the Natives and their manners with notices of Spanish history* (Londres, 1845), del inglés Richard Ford:

La catedral está construida según el estilo de sus metropolitanas de Granada y Málaga. La antigua mezquita fue demolida en 1492, y en 1525 Pedro de Valdivia introdujo allí el estilo grecorromano; la planta es noble y regular. Hay cuatro entradas: la fachada occidental se levanta entre dos bellas torres; el interior, corintio, es todo cal y brillo, y parece realmente un templo pagano. La *Sacristía* es elegante y su gran reliquia es *La Santa Faz, El Santo Sudario* o, como suele ser llamado, *El Santo Rostro*, o sea la cara de nuestro Salvador, tal y como fue impresa en el sudario de *Santa Verónica* (*verum icón*, la verdadera imagen), la cual, como una placa de cobre, ha dado de sí tantas copias para los verdaderos creyentes. Pertenece a Fernando el Santo y está reproducida por todas partes en Jaén. Está copiada también en pequeños medallones de plata, *niel los*, en blanco y negro, que llevan los campesinos y los ladrones a manera de amuletos. Jaén, desde luego, es una Trípoli moderna, la *to ton zeon prosopon* de los antiguos. La reliquia se enseña en privado a la gente importante, y al pueblo en las grandes fiestas; los campesinos confían en ella para salvarse de todas las grandes calamidades, a pesar de lo cual no bastó para librarles de los franceses, que razonaban como el demonio de Dante en el «Infierno» (xxi, 48). «Qui non ha luogo il Santo Rostro», porque Lucca se jacta de tener una copia fiel, llamada «II Volto Santo». Los que sientan curiosidad sobre la autenticidad de ambos pueden consultar «*Discursos de las Efigies y verdaderos retratos non manufactos del Santo Rostro*», Francisco Villanueva, folio, 1637<sup>28</sup>. (Cfr.

*Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa. Reino de Granada*. Traduc. de Jesús Pardo. Madrid, Turner, 1980, pp. 28-29).

Resulta muy interesante el siguiente apunte de los pintores franceses Adolphe Desbarrolles y Eugène Giraud en *Les deux artistes en Espagne* (París, Collection Georges Barba, 1865, p. 306) sobre su paso por Despeñaperros, que, en traducción nuestra, dice así:

Más lejos se encuentra, a la izquierda, la *Cara de Dios*. Se ha grabado, en efecto, la cara del santo sudario de Santa Verónica, según la que se conserva en Jaén, en un alto mojón colocado en el límite de La Mancha y Andalucía. Esta piedra está acribillada de balazos, que recuerdan a los viajeros que la guerra civil no sabe respetar nada.

De la catedral y del lienzo de la Verónica nos habla, igualmente, el célebre novelista Alejandro Dumas en su libro de viajes *De París a Cádiz* (París, 1847-1848)<sup>29</sup>. Y más por extenso lo hará el escritor inglés Robert Dundas Murray, a quien sirvió de cicerone –según nos cuenta– un sacerdote que se encontró en la catedral y se le ofreció, muy solícito, a explicarle no sólo este templo y sus tesoros, sino también el resto de la ciudad (Cfr. *The cities and wilds of Andalucía*, London, Richard Bentley, 1853, pp. 99-105).

Apenas apuntan más que unas breves notas sobre el particular el abogado inglés John L. Adolphus (*Letters from Spain in 1856 and 1857*, London, John Murray, 1858, p. 207); el ingeniero, también inglés, Thomas Sopwith (*Notes of a visit to France and Spain in 1864*, Hexham, J. Catherall, 1865, pp. 113-114), o el viajero de origen italiano Augustus J. C. Haré (*Wanderings in Spain*, London, Strahan and Co., 1873, pp. 173-175).

Más abundante es la información ofrecida por el célebre investigador y viajero francés

<sup>27</sup> Cfr. *Viaje por España*, traduc. de Jaime Pomar, Barcelona, Taifa, 1985, p. 183.

<sup>28</sup> Se refiere –claro está– a la obra del prior de Villanueva de Andújar [de la Reina] Juan de Acuña del Adarve, impresa en su pueblo natal por Juan Fargolla de la Cuesta en 1637.

<sup>29</sup> Cfr. traduc. de Pilar Garí Aguilera, Madrid, Sílex Ediciones, 1992, pp. 222-223.

Charles Davillier, gran apasionado del arte español, en su *Viaje por España* (1874), del que seleccionamos el siguiente fragmento:

La catedral de Jaén pierde más que gana al ser examinada de cerca. Como la mayor parte de las iglesias del sur de España, ha sido construida sobre los cimientos de una antigua mezquita, de la que no queda la menor huella. Las dos altas torres que dominan a toda la ciudad y que tienen de lejos un imponente aspecto, son, por desgracia, de gusto reprochable. El interior, grandioso por lo demás, es de ese abominable estilo churrigueresco cuyos estragos se han extendido particularmente en Andalucía a principios del siglo pasado. Pero el verdadero interés, la particular curiosidad de la catedral de Jaén es una reliquia, rodeada, en toda la provincia, de una veneración extraordinaria y que se llama el Santo Rostro, o simplemente *El Santo* –lo mismo que en Padua la iglesia que está bajo la advocación de San Antonio se designa por el nombre de // *Santo*–, el santo por excelencia. El Santo Rostro es el paño con el cual, según la tradición, una santa mujer, enjugó el rostro de Nuestro Señor chorreando sudor y sangre cuando subía al Calvario, y que conservó la huella de sus rasgos. Otros creen que fue el mismo sudario que colocaron sobre la cara del Salvador. Muchas iglesias, y especialmente la de San Pedro, de Roma, pretenden tener el honor de poseer la preciosa reliquia. Sea una cosa u otra, la de Jaén es venerada de tal modo que muchos de los aldeanos llevan una pequeña copia colgando del cuello como un escapulario. La Santa Imagen, que se expone al público tres veces al año, está rodeada de un gran cuadro de oro adornado con piedras preciosas de gran valor y se conserva en una caja colocada sobre el altar de la Capilla Mayor.

Según una tradición muy extendida entre el pueblo, el Santo Rostro fue traído de Roma hace más de quinientos años por San Eufrasio, patrón de Jaén, del que vimos la imagen en una de las capillas de la Catedral. San Eufrasio, según la leyenda popular, hizo el viaje a la Ciudad Eterna montado a espaldas del diablo, particularidad que refieren varios escritores del país. El sacristán nos aseguró que San Fernando llevaba el Santo Rostro en todas sus expediciones guerreras, lo mismo que una Virgen que nos enseñó y que se llama la Antigua. Hay gran número de iglesias en España que tienen una Virgen, sea de madera, sea de mármol, a la que llaman así,

y que a causa de su antigüedad atrae particularmente la veneración de los fieles. Haremos notar de pasada que nos han enseñado en muchas iglesias de Andalucía otras Vírgenes en madera o marfil que el santo guerrero, en opinión de los sacristanes, llevaba igualmente con él en sus campañas.<sup>30</sup>

El interés despertado por nuestro país a lo largo del siglo XIX propició la aparición de «manuales del viajero», en los que se ofrecía todo tipo de información a los usuarios, al estilo de las actuales guías turísticas. Citaremos, a este respecto, la obra del alemán Karl Baedeker (perteneciente a una familia de libreros-editores que sacó a la luz varias guías de viajes, de gran éxito en toda Europa), que hemos manejado en su versión francesa: *Espagne et Portugal. Manuel du voyageur. Avec 20 cartes et 59 plans*, Troisième édition, Leipzig, Karl Baedeker Editeur, 1920. Al describir la ruta 43ª «De Espeluy a Puente Genil, por Jaén (ferrocarril)», incluye una amplia descripción de la catedral (p. 361).

A comienzos de la centuria siguiente nos encontramos con *L'Espagne en auto. Impressions de voyage* (París, 1906), del escritor belga Eugenio Demolder, que inserta un capítulo bajo el título de «Jaén. La Catedral de la Asunción» (Cfr. José García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1999, T. VI, pp. 696-697).

Y concluimos este recorrido por la literatura extranjera con la novela histórica *Capitán de Castilla* (de gran éxito editorial a mediados del siglo XX), del norteamericano Samuel Shellabarger, que, si bien no se trata de un libro de viajes, guarda bastantes semejanzas con ellos, al contener descripciones de los lugares que constituyen el escenario de los hechos narrados. La acción comienza en Jaén el 28 de junio de 1518, cuando el joven protagonista, Pedro de Vargas, aparece confesándose en la catedral de Jaén. Se gana el odio de un enemigo, que lo acusa ante el Santo Oficio, por lo que decide embarcarse para Cuba, con la ayuda de su amigo Juan García,

<sup>30</sup> Cfr. edic. de Arturo del Hoyo, Madrid, Castilla, 1949, pp. 269-270.

veterano de los viajes de Colón y Cortés. Al final regresa a Jaén y se casa con la mujer a la que amaba (Cfr. traducción de Juan Rodríguez Ch., Madrid, Ediciones siglo XX, 1949, 1ª parte).

## LITERATURA POPULAR

Hasta aquí nos hemos venido refiriendo a lo que podríamos llamar «literatura culta». Sería injusto, a todas luces, no incluir un apartado –aunque sea brevísimo– sobre algunas de las manifestaciones del sentir popular, dado que encierran valores culturales de indudable valor.

Citaremos, en primer lugar, un pliego suelto de comienzos del siglo XVIII, modalidad de la que tan pródiga ha sido nuestra historia literaria a lo largo de los tiempos y de la que desgraciadamente muchos ejemplos se han perdido, dado su carácter efímero. El impreso en cuestión, del que se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional de París (signatura: Oc 665), nos informa de un terremoto que afectó seriamente a toda la ciudad, incluida la Catedral. El simple enunciado de su detallado título puede servir para ilustrarnos sobre el contenido: *Noticia puntual y verídica de los terribles terremotos que ha padecido la muy noble y muy leal ciudad de Jaén desde el 1 de Febrero hasta últimos de mes de Marzo de este presente año de 1712. Refiérense las ruinas que han causado en su Santa Catedral, Iglesia y Torres de ella hasta desquiciar las campanas de su sitio: rogativas,*

*procesiones y edificativas penitencias que sus nobles ciudadanos han executado para implorar a la Divina Misericordia, con obras particularmente dignas de saberse* (Madrid, s. i., domingo 17 de abril; 4 hs.).

Por otra parte, el refranero, auténtica expresión de la sabiduría popular, difícilmente podía dejar a un lado a nuestro primer monumento y su más valioso tesoro religioso. Repasando los principales repertorios paremiológicos, nos podemos encontrar con varios ejemplos sobre el particular: «Eso, y la cara de Dios está en Jaén» (o su variante: «Eso y ver la cara de Dios, no yendo a Jaén...»), «Jaén: aire, mujeres, campanas [las de la Catedral] y frutas», «¡Por la Verónica de Jaén!» o «Tres cosas tiene Jaén / que no las tiene Sevilla: / Santo Rostro, Cruz de Jaspe / y Virgen de la Capilla».<sup>31</sup>

Y todo ello se podría resumir en este cantarillo popular:

*El camino de Jaén  
tengo que aprenderlo yo;  
que en la tierra del ronquío  
está la Cara de Dios.*

<sup>31</sup> Sobre la explicación que han dado en cada caso los especialistas puede verse nuestro *Refranero Geográfico de Jaén. Estudio y recopilación de refranes, adagios, locuciones, frases proverbiales, etc. de referencia jiennense* (Úbeda, Centro Asociado de la UNED, 2000).